

LÓPEZ PORTILLO, NOVELISTA RURAL

Víctor ADIB

La parcela

En ninguno de los novelistas mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX ejercieron tanto atractivo el campo y la vida rural como en José López Portillo y Rojas (1850-1923). La provincia, la ciudad; las tradiciones de una, los vicios de la otra, dieron el material literario a la mayoría de nuestros autores en esa época. El campo aparece en sus obras, y también algunos de sus tipos y usos más comunes; pero en ellos no constituyó, como en López Portillo, la base y fundamento de su concepción literaria y, más aún, el centro mismo a partir del cual se construye la nacionalidad.

La parcela (1898) de López Portillo es decididamente la novela rural mexicana del fin de siglo. En esta obra, su autor habría de poner como tema capital la vida del campo y todo lo que a ella se refiere. Pero su perspectiva e intereses, como hemos dicho, van más allá de los límites estéticos o literarios; López Portillo ve en el campo mexicano no sólo amplio motivo de creación novelesca, sino la esencia misma de la mexicanidad:

Nuestras clases rurales son el nervio de México, el producto más directo y genuino de los diferentes factores que van unificando a nuestro pueblo. En cuanto a lo físico, representan la fusión de diversas razas indígenas y europeas; pero carecen de semejanza moral determinada con unas u otras, y muestran vida, tendencias y costumbres originales. Rota la tradición colonial, no procuran ellas ni aun piensan imitar usos extranjeros, que ignoran; a la vez que, divorciadas del tipo aborígen, nada tienen de común con su inercia, ni con su obstinación, ni con sus rencores reivindicativos que lo informan. Esas clases son la planta nueva brotada al calor de nuestro sol y al influjo de nuestro clima, el aluvión de las múltiples razas que han ido depositando en nuestro territorio su limo fecundante.¹

El pensamiento de López Portillo no puede ser más claro ni más preciso: para él, México y la mexicanidad están en el campo, en las gentes del campo. Pero este afán del novelista por ir a la esencia de México y por señalar vigorosamente en dónde se encontraba para él esa esencia, y, en fin, señalarla y descubrirla; este afán de mexicanización, y de adoptar una actitud definida y unívoca, le venían de una preocupación previa.

Habiendo planteado Ignacio Manuel Altamirano el problema del nacionalismo literario; y ante la disyuntiva de pugnar, con el propio Altamirano, por una literatura “netamente nacional”, o, con Francisco Pimentel, por la “continuación de la hispana”, López Portillo se decide por “una transacción entre tan opuestos extremos”:

Nuestro origen... , la gloria de las letras españolas y el deseo de progreso, deben mantenernos siempre fieles tanto al genio y pragmáticas de nuestra lengua, como a la marcha seguida por los grandes hablistas de nuestra antigua metrópoli... Mas, por lo que ve a su misma sustancia, conviene que nuestra literatura sea nacional en todo lo posible, esto es, concordante con la índole de nuestra raza, con la naturaleza que nos rodea y con los ideales y tendencias que de ambos factores se originan... Lo único que necesitamos para explotar los ricos elementos que nos rodean, es recogerlos dentro de nosotros mismos y difundirnos menos en cosas extrañas; ... todo es virgen entre nosotros.

La posición de López Portillo es, en consecuencia, de un lado, combinar la forma de expresión castiza con el contenido nacional; y, del otro, revelar el núcleo virgen esencial de México. Tales son, en síntesis, los supuestos a partir de los cuales escribió *La parcela*, según él mismo lo expresa en ese *Prólogo* que —no sobra decirlo— constituye ya capítulo de especial interés para la historia de las ideas estéticas en México.

En la medida en que lo pudo, José López Portillo y Rojas cumplió dignamente su propósito.² Escribió con esmero su novela, y se adentró por un camino que no llegaron a recorrer totalmente otros escritores mexicanos de su época. *La parcela* es, en efecto, como se ha dicho, “un excelente ejemplo” de los buenos resultados que se pueden obtener con un criterio tan justo y equilibrado como el que ostentaba su autor.

Está escrita con sencillez, con limpieza y hasta con elegancia. La narración es flúida, clara, precisa; los caracteres, pintados con fidelidad, y en su justo punto las actitudes y el lenguaje de los personajes. Cabe reconocer que López Portillo supo obtener provecho del simple asunto que da trama a la obra, y enredarlo y complicarlo con habilidad; tiene así oportunidad y tiempo de ir haciendo observaciones, pintando tipos, mostrando costumbres. Cuando la ocasión lo permite, desliza ligeramente la crítica social y, aunque no alcanza la profundidad ni la fuerza de un Rabasa, por ejemplo, también apunta con certeza a vicios o errores de la sociedad de su época.

Trasciende de toda la obra un grato sentido de proporción y equilibrio, de elementos bien calibrados y situados. Y, si en algunos pasajes tenemos la impresión de que el autor se ha extendido, quizá, un poco más allá de lo que nuestro gusto actual requeriría, hay que cargarlo más a la cuenta de la época en que se escribió la novela, que a falta de tino de su autor. La perspectiva desde la cual López Portillo traza el destino de sus personajes es de objetividad; contrariamente a Rabasa en este sentido (no estamos haciendo comparación valorativa), contempla más el resultado social de las acciones de sus personajes y las consecuencias morales que para la comunidad tienen, que los motivos internos que las inspiran. El dibujo de su pluma es, en fin, de grandes y seguras pinceladas, de trazos claros y patentes.

Fuertes y débiles

Si para los intereses de la crítica literaria que atiende sobre todo a la perfección formal y técnica de las obras *La parcela* (1898) es la más importante y mejor lograda de las novelas de López Portillo, para la historia y la crítica que contemplan el contenido espiritual y social de nuestra novelesca *Fuertes y débiles* (1919) ofrece material igualmente apreciable al estudio y la investigación.

En esta novela aparece también la preocupación, característica de López Portillo, por la vida del campo. Como en *La parcela*, en *Fuertes y débiles* la acción principal se desarro-

lla en torno a una hacienda y tiene como protagonista al dueño. López Portillo vuelve a revelársenos como el novelista rural por antonomasia. Pero ¿qué es lo que distingue a estas novelas entre sí, y cuál es la novedad de una frente a la otra?

En el aspecto formal —que consideramos el de menor importancia para los fines de este análisis en particular y sobre el cual, por tanto, no insistiremos— salta a la vista la superioridad de *La parcela* ante *Fuertes y débiles*. En esta última no se observa la unidad de acción ni la fluidez narrativa de la primera, por una parte; por la otra, abundan en ella las digresiones inútiles que rompen el curso de la acción y la tensión dramática,³ los cortes en el tiempo que ocupan las escenas⁴ y otros defectos, en fin, que cualquier lector puede advertir.⁵ En este sentido, pues, lo único que se podría mencionar con encomio de *Fuertes y débiles* es aquella escena —espléndida por la fina habilidad con que López Portillo maneja ahí los acontecimientos y las reacciones de los personajes, y que no dudamos habría firmado con gusto cualquier gran novelista mexicano del siglo XIX— titulada “En el tennis”, que ocupa el capítulo XIV.

En cuanto al contenido, también *Fuertes y débiles* se aleja de *La parcela*, por más que, como hemos dicho, ambas se ocupen del campo; y es en esa diferencia donde está su importancia. Desde el Prólogo se advierte ya que los intereses de López Portillo distan mucho de aquellas preocupaciones acerca del nacionalismo literario que expuso en 1898 en *La parcela*; ahora nos habla en otro tono —más reflexivo y de más interés social que literario— y hasta de otro asunto:

¿Quiénes son los fuertes? ¿Quiénes los débiles? Fuertes, se dirá, son los que tienen en las manos los elementos preponderantes del triunfo y la dominación, y débiles los que de ellos carecen. Mas el punto no es tan sencillo y elemental como a primera vista se antoja. . . La fuerza y la debilidad son factores relativos y no absolutos; . . . yerran los poderosos al tener fe ciega en la incontrastabilidad de su pujanza; . . . el poder y la impotencia suelen trocar sus papeles en el mundo, y convertirse en antítesis vivientes de sí mismos.

¿Qué revelan estas palabras? Desde luego, que en los veintidós años transcurridos entre *La parcela* y *Fuertes y débiles*

las preocupaciones de López Portillo se han desplazado del terreno de la mera literatura al de la vida social, al de la lucha social. Su interés por la comunidad está patente en toda la obra, pese a que en el mismo Prólogo el autor —buen hijo, al fin, de la educación novecentista mexicana— se cuida de advertir (aunque inmediatamente suaviza la advertencia):

El presente libro [*Fuertes y débiles*] pone a la vista del lector algunas de esas poco estudiadas antinomias, pero las trata sólo desde el punto de vista literario, por el interés que en el espíritu despierta su profundo dramatismo. En consecuencia, los ejemplos contenidos en las siguientes páginas, no sirven ni están destinados a servir de base a ninguna generalización; llevan por único objeto ["sin embargo", añadiríamos nosotros] el registrar algunos casos interesantes, que se prestan a serias reflexiones.

Que la fuerza y la debilidad son relativas, es lo primero que López Portillo piensa al examinar esos "casos". (Y no nos extrañe que ésa sea una de las "serias reflexiones" de que habla; López Portillo se formó en el siglo XIX y bajo el aparentemente inmovible orden de valores que ostentaba el porfirismo.) Pero su observación va más lejos todavía, y advierte ya que

Las rígidas líneas que desde la antigüedad habían dividido a los hombres, han ido flexionando en los modernos tiempos. A juzgar por la marcha que llevan las cosas, tiende la civilización a nivelar todas las clases, armando flaquezas y estableciendo compensaciones; mas, a pesar de todo, nunca llegará a perfeccionarse ese sistema (que apenas pasará de la categoría de un mero postulado), porque es contrario a las leyes de la naturaleza. El equilibrio absoluto significaría la cesación de la lucha, y, por consiguiente, el reinado de la monotonía, de la uniformidad y del silencio. *Omnis vita in motu*. Reina la muerte donde falta el movimiento, y todo movimiento se compone de acciones y reacciones. Son indispensables la fuerza y la debilidad para el desarrollo del drama de la vida, cuya divina sinfonía se compone de clamores de combate, ayes de desesperación y gritos de victoria.

Es fácil saber qué llevó a José López Portillo y Rojas a tales consideraciones. Su novela apareció en 1919, de modo que el autor tuvo oportunidad de ver los cambios que trajo consigo la Revolución de 1910 (quizá a ella se refiere cuando dice: "A juzgar por la marcha que llevan las cosas...") y de

tomar conciencia de que los “débiles” de la época porfiriana se transformaban en “fuertes”, y las clases, como él mismo escribe, tendían a equilibrarse. No podía darse cuenta cabal de lo que había pasado; pero, con su acostumbrada sinceridad intelectual, no pudo menos que señalar lo que él veía del cambio. En su Prólogo se advierte, al igual que en toda la novela, la lucha interna que sostenía, pues, nacido y criado en el antiguo régimen, pero viviendo en el nuevo, no se resignaba por entero a estar con uno ni con otro. De ahí que haga una afirmación y luego la contradiga, aunque suavemente; de ahí que a ratos dé la impresión —por decirlo así— de revolucionario y, en ocasiones, de porfirista; por ejemplo: 1) “los ejemplos contenidos en las siguientes páginas no sirven ni están destinados a servir a ninguna generalización”, pero 2) “se prestan a serias reflexiones”; 1) “tiende la civilización a nivelar todas las clases”, pero 2) “nunca llegará a perfeccionarse ese sistema”.

Además del Prólogo, la novela misma ofrece ya una concepción distinta de los problemas sociales. Esto se nota sobre todo a partir del capítulo VIII, “La lugareña”, pues ahí empieza a hablarnos de la hacienda del protagonista, Juan Nepomuceno Bolaños —“Cheno”, como prefiere llamarlo López Portillo—, y de la personalidad de éste como hacendado. La forma de referirse a Bolaños, la pintura que hace de él, lo que cuenta de la vida de la hacienda, etc., todo es aquí diferente de *La parcela*. Si en aquella novela nuestro autor tuvo que inventar un curioso y menudo incidente —la lucha de dos hacendados por la posesión de un terreno sin importancia, el cerro de Los Pericos— y alargarlo y complicarlo para poder llevar adelante su obra, en *Fuertes y débiles* no necesitó recurrir a semejantes argucias: la pugna entre los intereses y el poderío de Bolaños y los de sus peones fueron material suficiente para sus apretadas páginas.

La imagen que nos da ahora de los hacendados, a través de la figura de Bolaños, no es ya la de aquellos patrones protectores y bondadosos que aparecen en *La parcela*. Bolaños es todo un señor feudal: controla, al mismo tiempo, los poderes económicos y los políticos —dueño de la hacienda y a la vez presidente municipal—; dispone a su antojo de vidas

y fortunas, usa y abusa de las mujeres como le da la gana, veja a los hombres; su voluntad es ley y no existe poder humano que se le oponga. El propio López Portillo, comentando lo dicho por un personaje, lo describe en los siguientes términos: “Bolaños era despótico y cruel, libidinoso y corruptor, allanador de los hogares pobres, conculcador de las oscuras conciencias, cohechador de los ofendidos, insaciable, voraz, incorregible en punto a desmanes, abusos y placeres” (p. 440); y en otra ocasión dice que Anita, prima de Bolaños, pensaba, en el delirio de su enfermedad, que “su primo era un negrero de los antiguos tiempos. ¿Por qué tenía tan mal corazón? ¿Por qué no se apiadaba de los pobres? ¿No sabía que eran sus hermanos? ¿Ignoraba que todos somos hijos de Dios?” (p. 468).

Hay que tener presente que, aunque la acción de *Fuertes y débiles* se desarrolla durante los años 1912-13, la novela fue escrita, o publicada al menos, en 1919. Ya había triunfado la Revolución, y López Portillo podía —debía— hablar en tono distinto del de *La parcela*. Ahora nuestro autor, a pesar de haber colaborado él mismo con el gobierno de don Porfirio, se permite escribir frases como ésta, dicha por uno de los personajes: “... los políticos enriquecidos en los tiempos del *dictador*” (p. 334), o como esta otra: “... y hayan consentido en formar corte al *dictador*” (p. 335), que nunca habría pronunciado en 1898 —fecha de publicación de *La parcela*—, cuando gobernaba don Porfirio.

Sin embargo, no se puede negar que, si bien López Portillo ha cambiado de tono desde *La parcela* hasta *Fuertes y débiles*, no se ha transformado radicalmente su concepción social. La formación novecentista pesaba en su espíritu y, aunque se atrevía a veces a expresar lo que antes no hubiera dicho, siempre se advierte que no llegó a identificarse del todo con los nuevos tiempos. Aunque describe con tan negros colores a Bolaños, López Portillo, hacendado él mismo, tuvo buen cuidado de advertir que no todos los latifundistas eran como el de su novela, y aun de decir que “la esclavitud de los peones, tan traída y llevada... no pasaba de ser una fábula, y la usurpación de las parcelas no era tan común que hubiese llegado a ser sistema general”; y, en frase más terminante todavía,

que deja sentir la gustada nostalgia pacifista de nuestros viejos porfirianos: "Las demasías cometidas por algunos hacendados, ya en las personas, ya en las cosas, podían tener remedio en la ley, que las condenaba y perseguía, y para eso *no se necesitaba una revolución*" (pp. 345-346).

Pero la importancia de José López Portillo y Rojas está precisamente en esas contradicciones, pues muestran con toda claridad un momento de lucha y transición del espíritu mexicano. En este autor podemos ver cómo iban evolucionando los hombres de la era porfiriana hacia la nueva etapa revolucionaria. No exijamos que se pronuncie de lleno por una o por otra; dejémoslo en su conflicto de conciencia, dudando entre aceptar la realidad que se imponía o aferrarse a sus añoranzas de los antiguos tiempos: ahí está el valor espiritual de su obra.

NOTAS

1 "Prólogo del autor", en *La parcela*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, 1945 (*Colección de escritores mexicanos*, 11).

2 *La parcela* ha sido reputada por Castro Leal —un poco exageradamente a nuestro entender— como "una de las novelas más perfectas de nuestra literatura" (*ed. cit.*, prólogo).

3 Como muestra de las extensas y múltiples digresiones y divagaciones que interrumpen el curso de la acción en *Fuertes y débiles* mencionaremos las siguientes (citamos por la edición, única que sepamos, publicada por la Librería Española, México, 1919): sobre el ateísmo (pp. 31-42); sobre la colonia de Santa María (pp. 52-57); sobre los militares (pp. 101-103); sobre los médicos (pp. 104-105); sobre los títulos nobiliarios (pp. 272-274). Como ejemplo de otro tipo de interrupciones al hilo de la narración podemos citar las transcripciones completas que hace de dos poesías, so pretexto de que algún personaje las recitó en sendas fiestas: la del "inspirado vate yucateco Luis Rosado Vega", *En el campo triste* (pp. 81-85), y la de Manuel Gutiérrez Nájera, *Serenata de Schubert* (pp. 145-146).

4 Sin enterar oportunamente al lector, López Portillo hace transcurrir los meses entre unas y otras escenas. Así, por ejemplo, cuando el hacendado Bolaños regresa a la ciudad de México después de una estancia en el pueblo de San Víctor, no parece que hayan transcurrido sino unas semanas a lo más en su ausencia, pero luego resulta, inesperadamente, que ya habían pasado nueve meses (p. 318).

5 La desproporción, por ejemplo, entre la rapidez y fuerza de acción de unas escenas ("En el tennis", cap. xiv) y la placidez letárgica de otras ("En la calle del Pino", cap. vi).